

les, tañendo las flautas unos muchachos. En amaneciendo tomaban un *tzotzopaxtli*, (especie de regla de una madera dura y pesada, que servía para apretar los tejidos), y como si fuera el cuchillo del sacrificio lo metían en la masa, sacando el corazón de las figuras, como si personas fueran, y lo entregaban al amo de la casa: despedazados los cerros, comían el *tzoalli* con toda reverencia como carne de los dioses. La concurrencia se entregaba á comer y beber á honra de las deidades muertas, llamadas *tepie-me*. Mientras esto pasaba en las casas, los sacerdotes buscaban en los montes las ramas más irregulares en curvas, á las cuales decían *coatzin*, las llevaban á los templos, las revestían del *tzoalli*, poníanles ojos y boca, haciendo las mismas ceremonias que con los cerros: sacrificábanlas igualmente dando la masa á los cojos, mancos, contrahechos y tullidos, con obligacion de proporcionar los ingredientes del *tzoalli* en el siguiente año. (1)

Para contentar el rito bárbaro, sediento siempre de sangre humana, había al efecto cinco víctimas inmoladas; cuatro mujeres nombradas Tepechoch, Matlalcuae, Xochitecatl y Mayahuatl, y un hombre dicho Minahuatl (2). Verdaderamente estos parecen ser los nombres de las divinidades de las montañas. La fiesta tenía por objeto alcanzar buenas y suficientes lluvias. Los montes, sobre los cuales se posan las nubes, forman el consorcio de la tierra y del agua para producir abundantes cosechas.

Entre los choles, el alto cerro de Escurruchan, orillas del río Maytol, era tenido por el dios de las montañas; en la cumbre había un espacio limpio con un cercado de maderos, dentro del cual ardía constantemente un fuego para alivio de los caminantes (3).

En la mitología mexicana el lugar de los muertos pertenecía á la tierra. Creían el alma inmortal algunos pueblos, y en una vida futura al lado de los dioses y llena de delicias (4). Las naciones de raza nahoa asignaban tres lugares para el descanso de las ánimas, señalando á cada uno cierta recompensa ó prerogativa. Los de Tlaxcalla pensaban que las almas de los nobles se tornaban en nieblas, nubes, pájaros de hermosas plumas ó en

(1) P. Duran, cap. XVIII, MS.—Sahagun, lib. II, cap. XXXV.

(2) Torquemada, lib. X, cap. XXV.

(3) Villagutierre, Hist. de la conquista del Itzá, lib III, cap. I.

(4) Muñoz Camargo. MS.

piedras preciosas; la gente comun se convertía en comadreas, escarabajos, zorrillos y otros animalejos feos. Los otomíes, por último, broncos y salvajes, estaban persuadidos de que alma y cuerpo perecían juntamente (1). En este capítulo, como en todos, las ideas andan revueltas; ya se presenta el conocimiento puro de la inmortalidad del alma, ya la grosera metemempsicosis, ya el materialismo desconsolador.

Los ancianos encargados de este oficio tomaban el cadáver, le encojían las piernas, le envolvían en los sudarios y le amarraban fuertemente; habían cortado diferentes papeles, de los cuales unos ponían al difunto, los otros le presentaban para diversos objetos. Derramábanle un poco de agua sobre la cabeza, diciendo, "esta es de la que gozásteis estando en el mundo;" poníanle también un jarrillo con agua y le decían, "veis aquí con que habeis de caminar." Los despojos eran quemados, juntos con las ropas y objetos del difunto, y un perro de color bermejo atado por el pescuezo con un hilo de algodón flojo, sacrificado previamente; sobre la ceniza, carbon y huesos vertían un poco de agua, diciendo, "lávese el difunto;" recogían despues las cenizas, poníanlas en una olla ó jarro, con un chalchihuitl ó una piedra de ménos valer llamada *texoxoxtli*, segun la calidad del individuo, la cual tenían por corazón de los despojos, y las enterraban en un hoyo redondo. Piedras iguales habían sido colocadas ántes en la boca del difunto. Parece que el ánima permanecía con las cenizas, hasta los cuatro años que se separaba é iba á su habitacion final.

El camino de la otra vida estaba erizado de dificultades; los papeles servían para vencerlas. Había que atravesar entre dos sierras que estaban chocando una contra otra; adelante estaba una gran culebra guardando el paso; luego el gran lagarto verde Xochitonal; despues ocho páramos ó desiertos; en seguida los ocho collados, y al fin el viento helado *itzehecayan*, viento de *itzti* ú obsidiana, que arrancaba las piedras y cortaba como navaja: para este lugar servían las ropas preparadas. Llegada el ánima á la orilla del Chicunahuapan, nueve aguas, río ancho y profundo; si el perrillo bermejo conocía á su amo desde la otra orilla, arrojábase á la corriente y le pasaba; presentábase el dios del

(1) Mendieta, lib. II, cap. XIII.



lugar, quedando al fin en su morada definitiva el Chicunamictla ó noveno infierno (1).

Quienes morían de enfermedad natural, sin distincion de clases, que ellos tambien ante la muerte quedaban igualados, iban al lugar llamado Mictlan. Este nombre lo traducen por infierno, si bien significa mejor, lugar ó tierra de los muertos ó de la muerte: era amplio, cerrado, oscuro y con nueve estancias. En cuanto á su situacion, la palabra Mictlampa, á la parte de los muertos, indica que lo suponían al Norte: (2) aunque solo podría tomarse por el rumbo que habría que seguir para ir á la última morada. Su verdadero sitio era en el centro ó debajo de la tierra; por eso el templo dedicado al dios se llamaba Tlalxicco, en el ombligo de la tierra; el sacerdote estaba pintado completamente de negro y se llamaba Tliillantenamacac (3).

Los dioses de aquel lugar eran Mictlantecutli, señor del infierno, por otros nombres Acolnahuacatl ó Tzontemoc, el que inclina la cabeza; su esposa era Mictecacihuatl. Segun el intérprete del Códice Telleriano, (4) lo colocaban enfrente del sol por ver si podría tomar algunos de los muertos: solo á éste y al señor del cielo y de la abundancia ponían corona. La religion mexicana tendía á familiarizar á los creyentes con la idea terrible de la muerte; pueblo de soldados, víctimas todos para el sacrificio, milagro era conservar la vida, y el dogma y las costumbres enseñaban á llegar al término incierto sin espanto, con tranquila indiferencia. Miquiztli, muerte, representada por un cráneo, era el sexto signo de los dias del mes y el quinto de los acompañados de la noche; presidía al primer dia de la sexta trecena; se le consideraba entre los signos celestes; tenía dentro del templo mayor el suyo, nombrado Tolnahuac, le daban culto particular con el nombre Ce Miquiztli, y le sacrificaban esclavos (5). Como signo celeste Mictlantecutli preside á la décima trecena del Tonalamatl; le pintan á los piés un cuerpo medio enterrado, para dar á entender el encargo que tenía de recoger á los muertos.

(1) Sahagun, apéndice del lib. III, cap. I. Torquemada, lib XIII, cap. XLVII. P. Mendieta, lib. II, cap. XIII.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XLVI.

(3) Torquemada, lib. VIII, cap. XII.

(4) Segunda parte, lám. XV.

(5) Gama, descrip. § II, núm. 29.

Otros varios dioses infernales están mencionados. Constan en la explicacion del Códice Vaticano, tomados con su vieiosa ortografía, los espíritus masculinos Miquitlantecotl ó Tzitzimitl, Izpunteque, Nextepelma y Contemoque (Izontemoc), con los femeninos Miquitecacihua, Nexoxocho, Micapetlacoli y Chalmacaciuatl. Presidiendo en la décima segunda trecena del Tonalamatl vemos á Teonexquimilli: la palabra se compone de *teotl*, dios; *neaxtili*, ceniza, y *quimilli*, bulto ó lío; el bulto de ceniza dios, ó como traduce Boturini, (1) *bulto ceniciento, bulto de oscuridad y neblina, dios sin piés ni cabeza*. En la décima quinta trecena está la Teoyamiqui, la cual tenía el oficio de recoger las almas de los que perecían en la guerra ó sacrificados; su nombre significa, morir en la guerra divina ó en defensa de los dioses.

El segundo lugar para el descanso de las ánimas se decía Tlallocan, lugar de Tlaloc, ó como traducen los autores, paraíso terrenal: era un sitio fresco, ameno, abundante en mantenimientos, tranquilo, satisfactorio y mansion de los dioses llamados Tlalocques. Los muertos de rayo, hidrópicos, leprosos, bubosos, sarnosos y gotosos, iban á aquel lugar, y sus cuerpos en lugar de quemados eran enterrados. A los cadáveres ponían semillas de bledos sobre el rostro, en la frente color azul y papeles cortados, y en la mano una vara que debería reverdecer en el paraíso. (2)

Los guerreros muertos en la guerra, los cautivos pericidos en poder de enemigos y segun parece tambien las víctimas, habitaban, como hemos visto, la casa del sol. Había en el cielo arboledas y bosques, jardines con flores exquisitas; allá recibían las ánimas las ofrendas que en el mundo les hacían, acompañaban al sol en su curso, y pasados cuatro años se tornaban en *tzintzones* ó chupamirtos, para andar chupando las rosas celestes y terrestres (3).

El signo calli simboliza la tierra como habitacion del hombre; en esta forma es uno de los cuatro caracteres de los años, y uno de los dias del mes.

Despues del fuego, seguía el agua como elemento más reverenciado. Fuera del auxilio que á la tierra prestaba en la produccion de las plantas, considerándola en las nubes, lluvia, granizo,

(1) Idea de una nueva hist., pág. 16.

(2) Sahagun, apéndice al lib. III, cap. II.—Torquemada, lib. XIII, cap. XLVIII.

(3) Sahagun, apéndice al lib. III, cap. III.—Torquemada, loço cit.



hielo, fuentes y rios, consagrada por el rito lavaba en el bautismo, purificaba la víctima, limpiaba el alma de los pecados menores, disponía á los vivos y á los difuntos para presentarse ante los dioses; la vida material y la religiosa pendían del líquido elemento.

En sus conocimientos geológicos, el agua de la mar penetra por la tierra, por sus venas y caños debajo de ella, hasta que en los llanos ó alturas encuentra una salida, presentándose en forma de fuente; el agua del mar es salada, mas pierde la sal y el amargor colándose entre la arena y las piedras, tornándose dulce y buena de beber. Los manantiales de tierra llana son *ameyalli*, agua que mana; si al salir hace hervir la arena se dicen *xalatl*, agua de arena; las fuentes intermitentes son *pinahuatl*, agua vergonzosa. Los pozos profundos se llaman *ayohualiztli* y los someros *atlacomolli*; los manantiales profundos *axoxohuilli*, agua azul.

Segun una leyenda, los rios todos salían del Tlalocan, habitacion de Chalchiuhtlicue; mas ésta parece una figura dando á entender, que los rios eran la obra de la diosa. Los rios son *atoyatl*, agua apresurada en correr; la union de los arroyos forma los grandes rios. Reconocían que las montañas daban origen alguna vez á los rios, y por eso el P. Duran dice, que se hacían tantos honores al Popocatepec, por las corrientes que en él tienen nacimiento. Las lagunas tienen por nombre *amanalli*, agua tranquila (1).

Vimos ya la manera en que el agua está distribuida en el cielo y cómo se verifican el trueno y el rayo; en memoria de esta ficcion, durante la fiesta de los *tlaloque* salían los sacerdotes con una caña de maíz verde en la una mano y en la otra un cántaro con asa, (2) que eran el palo y la alcancía de los servidores del dios de las aguas. No obstante esto, todos los fenómenos meteorológicos acuosos eran atribuidos á Tlaloc; atributos suyos eran el relámpago, el rayo y el trueno; con el rayo hería á quien su voluntad era, debiendo saberse que la muerte era producida por la piedra del rayo: (3) debían referirse ya á las fulguritas, ya á una creencia vulgar tambien en Europa. De sus observaciones ha-

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XII.

(2) Sahagun, lib. VII, cap. V.

(3) P. Duran, cap. VIII. MS.

bían deducido, que el agua brotaba á los piés del *ahuehuell* (*Cupressus disticha*); el arco-iris repetido era señal de que iban á cesar las aguas; helaba cada año en un espacio de ciento veinte leguas; el año de nevadas pronosticaba buenas cosechas; las nubes encima de las montañas indicaban la proximidad de las lluvias; señal de granizo eran las nubes blancas, y para prevenir los males que hacían, había unos hechiceros llamados *teciuhltaxque*, estorbadores de granizo, los cuales poseían conjuros para evitar el daño en los maizales, ó enviar el nublado á los desiertos ó tierras no sembradas (1).

El dios del agua era Tlaloc. El nombre parece indicar, fecundador de la tierra, lo cual se aviene con el dictado que le daban de engendrador de las aguas (2). Tlaloc ó Tlalocatecuhtli, segun aparece en una pintura que á la vista tenemos, está en figura de un hombre bien formado: lleva en la cabeza una diadema de plumas blancas y verdes, con un adorno de plumas rojas y blancas; el pelo largo tendido á la espalda; al cuello una gargantilla verde como agua; del cuello al muslo, sin mangas, una túnica azul, con adornos como red, prendidas las máyas con flores; adornos de oro en las pantorrillas, pulseras de chalchihuitl; en la una mano el *chimalli* azul profusamente adornado de plumas amarillas, verdes, rojas y azules, y en la otra mano una lámina de oro aguda y hondeada representando el rayo: el cuerpo es negro. Nunca podía verse el rostro de los dioses, y por eso aquellas divinidades le tenían cubierto con una máscara. La de Tlaloc es muy característica; es un ojo circular rodeado por una curva particular; que en la parte inferior se prolonga hacia abajo, para encorvarse de nuevo hácia arriba, lleva una encía roja, de la cual se desprenden unos dientes largos, curvos y agudos. Ese conjunto sui géneris aparece en las pinturas jeroglíficas, ya como el nombre del dios, ya como el símbolo de la lluvia.

*Atl*, agua, es el nombre y signo del noveno dia del mes, el sexto señor nocturno ó acompañado de la noche. Como diosa se llama Chalchicue ó Chalchiuhtlicue, enaguas de Chalchihuitl; era patrona de los nautas, de los pescadores, de cuantos tenían granjerías en el líquido elemento; los señores le dedicaban sus matrimonios. Dueña de las olas, podía anegar en el mar, en los lagos

(1) Sahagun, lib. VII, cap. VI.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XXIII.



y en los rios: adorábanla junto con Chicomecoatl y con Huixtocihuatl, diosa de la sal, pues entre las tres mantenían al pueblo.

*Quiahuitl*, lluvia, décimo noveno día del mes, el noveno de los señores de la noche. Presiden la primera trecena del Tonalamatl, el Cipactli y Ehecatl ó Quetzalcoatl, con Atl ó Chalchiuhcue: se ve el símbolo del agua y ahí á Cipactli en figura de un cocodrilo. Este principio del libro sagrado y adivinatorio, se refiere sin duda al principio de la creacion; como ya vimos, los dioses formaron dentro del agua el gran pez Cipactli, el cual fué transformado en la tierra. La presencia del agua, del Cipactli y de Quetzalcoatl, autorizaría á creer que por la fuerza del viento sobre las aguas, apareció la tierra.

Cipactli, signo del primer día del mes, inicial del primer año del ciclo y del período de 260 días del Tonalamatl, era afortunado en el calendario adivinatorio. Su forma no es la de caiman, ni la de pez, por lo cual los autores tradujeron, espadarte y pez marino; es una figura fantástica, cuya genuina representación presenta la piedra del Calendario, no siéndole extrañas algunas variantes en las pinturas. En la copia de un Tonalamatl que á la vista tenemos, Quetzalcoatl sentado y con las manos extendidas, evoca al Cipactli que está delante; es una creacion, es el principio de las cosas, y el signo parece tener el significado de origen, comienzo, principio.

Chalchiuhcue se encuentra al frente de la quinta trecena, con el planeta Tlazolteotl.

En la sétima reinan Hueitlalo y Xopancali Hueitlalo, advocaciones de Tlaloc, referentes al tiempo de las inundaciones por las fuertes lluvias; le acompaña Chalchiuhcue.

En la décima sexta Ollin Tonatiuh se encuentra con Citlalinicue ó Citlalcueye y con Tlaloc. Muy de notar es semejante union astronómica, supuesto que el sol está representado en sus cuatro movimientos, unido á la Citlalinicue que es la misma Ome-cihuatl ó la Vía lactea.

La habitacion de Tlaloc estaba en el lugar dicho Tlalocan, paraíso; era en la tierra un sitio ameno, fresco, abundante, lleno de delicias. El dios era uno y muchos al mismo tiempo, supuesto ser conocidas multitud de divinidades subalternas bajo la palabra plural *tlaloque*. En tiempo de lluvias, hácia la mañana comienzan á acumularse las nubes en la cumbre de las altas mon-

tañas; al medio día empiezan á extenderse, é impelidas despues por los vientos reinantes van á desatarse en lluvias en los vecinos valles; este fenómeno meteorológico, explicado por el consorcio de la tierra y del agua, daba lugar á la creencia de ser los montes la habitacion de los *tlaloque*, de haber tantos *tlaloque* cuantos puntos de acumulacion de nubes, de la adoracion de las montañas, y de que este culto se confundiera alguna vez con el de los *tlaloque*.

Refiérese la antigüedad del culto de Tlaloc al tiempo de los toltecas; nos persuadimos de que pertenece á una religion y época anteriores, porque los toltecas á los principios fueron deistas, y al fin cayeron en la idolatría. En aquellos tiempos remotos se veía la estatua del dios en la cumbre de la alta montaña llamada todavía Tlaloc, no léjos de Texcoco, de piedra pómez, en figura de un hombre sentado sobre una loza cuadrada, delante de la cual había un vaso en el que los devotos ponían *ulli* y toda clase de simientes, para dar gracias despues de la cosecha. Nezahualpilli cambió esta estatua por otra de piedra negra; mas destrozada por un rayo, y tomando el suceso como castigo de la profanacion cometida, fué vuelta la primitiva á su asiento, deteniéndole con tres clavos de oro uno de los brazos que se le había roto. El obispo D. Fr. Juan Zumárraga hizo traer á México el reverenciado númen, mandando hacerlo pedazos. (1)

El templo de Tlaloc estaba en el patio del mayor de México; nombrábase Epcotl, culebra de caracol. (2) En el mes Atlacahualco ó Cuahuitlehua sacrificaban en su honor niños tiernos, que el pecho no dejaban todavía, repitiéndolo los dos meses siguientes: el sacrificio tenía lugar en los montes, de donde las lluvias les venían y las nubes se engendraban. (3)

En tiempo del segundo Motecuhzoma iban los reyes y los nobles á la montaña de Tlaloc, llevando un rico presente de joyas, mantas y comida; en tanto los sacerdotes en México hacían la fiesta del dios, y en seguida ambas comitivas se reunían en la mitad del lago, conducidas en un número grande de canoas: los sacerdotes llevaban preparada una canoita, en la cual ponían dos niños mujercita y varoncito, dejándoles anegar en el remo-

(1) Torquemada, lib. VI, cap. XXIII.

(2) Torquemada, lib. VIII, cap. XII.

(3) Torquemada, lib. X, cap. X.